

CARLOS DUARTE H.

La Canción Que No He Escrito

 Colección Artes y Humanidades



Programa ditorial

CARLOS DUARTE H.

La Canción Que No He Escrito



Colección Artes y Humanidades

Las distintas formas que el autor inspecciona mediante experimentos narrativos ofrecen al interesado extrañas reflexiones - a veces inocentes, a veces profundas, pero siempre intrigantes sobre la condición humana que, ora lastre, ora presea, no podemos abandonar ni siquiera por medio de la muerte ni el olvido. Suele cada cuento plantear acercamientos filosóficos a las fantasías insondables de la inmensidad, la existencia, el infinito y Dios; gigantes inabordables enfrentados con agudeza y humildad por medio de la prosa precisa y sencilla que, salvo excepciones en las que la idea exige otro estilo más intrincado en subordinaciones y figuras, caracteriza este libro.

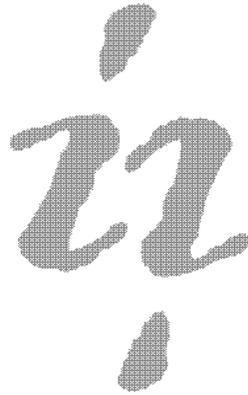
Alejandro Navarro-Moncaleano



Programa  Editorial

CARLOS DUARTE H.

La Canción Que No He Escrito



Colección Artes y Humanidades

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: La Canción Que No He Escrito

Autor: Carlos Duarte H.

ISBN: 978-958-670-371-0

ISBN-PDF: 978-958-5164-33-8

DOI: 10.25100/peu.512

Colección: Artes y Humanidades - Jóvenes Narradores

Primera Edición Impresa octubre 2004

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Carlos Duarte H.

Diseño de carátula: Henry Naranjo P.

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, diciembre de 2020

CONTENIDO

Normalidad

Un hombre camina	9
La preocupación por los gatos	13
Anotaciones sobre nuestro trabajo.....	17
Los rotativos del mundo denuncian amigables ejecuciones	21
El arca sin Noé	25
Fografías parlantes	29
Como gotas flotando en gas Neón	31

Gravedad

Las fotos de <i>uno</i>	35
Decisiones al término de la urgencia.....	37
Instrucciones.....	39
El peligro de las primeras palabras.....	41
Dios ama a sus niños	45
Huesos. Expelidos. Libres.	51
<i>Canis stardust</i>	53

Cosas que no parecen ser lo que son

Fácil contradicción	57
Protegido.....	61
La canción que no he escrito	63
[Retrato de él y los otros]	67

Como un cometa	69
Acercándose a un problema (de lectura opcional)	71
Dos observaciones siderales	73

Extraviados

Un observador en el inv(f)ierno	77
Hubo un tiempo (graceland game)	81
Llegando a casa	83

PARTE I

Normalidad

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

UN HOMBRE CAMINA.

Me veo en la obligación de anotar ciertos aspectos circunstanciales; éstos, siendo sincero, no agregan mucho a la historia que se me ha venido contado en los últimos minutos. Mi amiga indica que era una ciudad fría -ella es bastante reiterativa en el hecho de que la niebla se expandía alrededor y que ésta había logrado humedecer el pavimento-, era de noche, y un hombre caminaba sin prisa bajo los faroles amarillos del centro urbano, rozando su camisa contra las paredes de cal típicas de las construcciones coloniales del lugar. Cuenta mi acompañante que el rostro de aquel transeúnte no mostraba evidentes signos de vejez, pero a primera vista se podía inferir, sin mayor dificultad, el trajín de algunos años mal vividos -detalle que le permite a ella aventurar cínicamente una edad que posteriormente confirma realizando un gesto autista-. Mi compañera hace una descripción bastante pobre (entiéndase larga y tediosa) de la contextura física de aquel hombre -muestra cierta fascinación por el hecho que poseyera una barba tupida y simétrica, que le imprimía un aspecto sombrío al contrastarse con la palidez de su rostro-, se limita a mencionar su estatura, el color de su cabello y de sus ojos, y otras características que, personalmente, encuentro incompletas e inimaginables. En esto se detiene ella un buen tiempo sin producir algo realmente significativo; así que me veo en la necesidad de hacerme a una recreación de la situación por mis propios medios y logro ubicar a este mismo personaje en alguna de las calles de esa ciudad que conozco, por fortuna, tan bien como ella (aunque haya pretendido engañarme) Empiezo a perfilar entonces una figura vestida con trajes oscuros que se desliza rápidamente sobre un andén muy angosto, no sé si atribuir esto a la ineficaz descripción de mi amiga, pero no puedo adjudicarle un rostro ni una expresión en particular. Únicamente me lo imagino caminando en

una secuencia que no tiene fin y que es aburrida como los ruidos que se provocan en la televisión cuando se cambia de canal. En mi pensamiento el ambiente no es húmedo ni frío y las luces amarillas son azules (existe un sector específico con este tipo de iluminación en el centro de nuestra ciudad) cosa que me parece podría introducir un poco más de gravedad al hecho, cualquiera que sea su devenir.

Mi amiga se digna por fin a terminar el aparte dedicado a la descripción, y me mira buscando algún tipo de aprobación, o por lo menos, un poco de admiración porque ha sido capaz de decir un poco más de diez palabras sin tartamudear. Yo le sonrío y ella toma un nuevo aliento para proseguir con la historia, que como sospecharán mis lectores, no ha avanzado un ápice hasta este momento. Es evidente que mi amiga se encuentra motivada con la historia; puedo notar cierta angustia que la obliga a mover las manos de forma frenética.

Mi amiga ha sabido sorprenderme empezando esta nueva etapa de la conversación con el conocidísimo refrán que reza: “caras vemos, corazones no sabemos”, y de entrada me veo incapaz de relacionar este dicho con la imagen repetitiva que viene gestándose en mi cabeza. Mi amiga ha arrinconado al personaje en una situación desventajosa lo que agrega, en su momento, ciertos cambios a mi particular recreación. Las luces azules de mi escena imaginaria menguan un poco y algunas sombras se proyectan ahora sobre el rostro del individuo que camina, dándole un aspecto que fluctúa entre el riesgo prudente y el abandono autoinfligido; por lo pronto sólo eso, aunque sigo reflexionando, durante unos segundos, en cuál de las dos actitudes es más conveniente encajar a este personaje. Mi amiga aprovecha este momento único y feliz para lanzar al aire una teoría -tamizada completamente por los principios fundamentales de su cosmogonía- acerca de la soledad y de sus niveles; de cómo esta puede ser necesaria pero también contraproducente, y de cómo esta se pone de manifiesto en los rostros de las personas provocándole a ella un bello sentimiento de compasión, y el nacimiento de cierto instinto maternal. Simplezas que se prolongan durante algunos segundos.

Como bien se ha de suponer le hago saber a mi amiga, de una forma un poco insolente, que estoy esperando un avance en su narración, pero ella no se da por aludida y piensa que el tiempo no es problema, que no hay afán, que todo lo que tiene para decir será dicho. No hay forma de presionarla, mi amiga es un poco testaruda. Mientras tanto siento conveniente -ante la imposibilidad de hacerme merecedor a una historia

menos fragmentada- fantasear un poco para así pasar con menos cargo de conciencia ese tiempo que se me escapa de las manos de la peor forma. Retomo pues la imagen que se ha venido reiterando en mis pensamientos, y tengo que, con facilidad, un hombre (ahora un poco sombrío) se desliza por un andén. Detallo que ese aspecto oscuro que he logrado dibujarle no es armónico con la velocidad que traslada a mi personaje, así que ahora procuro que no camine tan rápido; no se ve en él la necesidad urgente de llegar a un lugar. Puede esto ser provocado porque no sé a dónde demonios se dirige él mismo en la historia que mi amiga me niega, y en parte, porque seguramente no es nada bueno lo que le espera –casi siempre los acontecimientos felices no necesitan preámbulo; estos para no provocar agrieras en la persona que los emite, deben ser dichos en el tiempo justo y preciso, en el tiempo necesario para dejar una idea clara; estos deben ser expulsados sin mayores detenimientos-. Ahora bien, mientras mi amiga desvaría en un monólogo que desde hace algunos segundos ha dejado de interesarme, me encuentro cara a cara con un problema que de nuevo, las pocas pistas proporcionadas han provocado. Mi personaje es nulo en intenciones; únicamente está caminando y nada más parece preocuparle. Es un obstáculo bastante alarmante si tengo en cuenta que esta historia no me pertenece, y lo que es peor, no me incita en lo más mínimo a desarrollarla. Sin embargo, podría existir una salvación, un giro de atención a mi interlocutora debería ser más que suficiente para ponerme al tanto de algunas circunstancias por las que podría haber pasado este extraño tipo. Pero nada. Ahora entre los dos se extiende un silencio incómodo y luego mi amiga me pide disculpas porque seguramente –cree ella- yo pienso que todo lo que ha dicho es una soberana estupidez y que alguien que intente ocuparse por lo menos un poco no debería estar observando cosas que se salen de su incumbencia. Razonamiento que por lo demás considero cierto -o más bien, consideré cierto hasta el momento en el que empecé a intuir un futuro incierto para mi personaje-. (es decir, cierto malestar originado por una curiosidad no satisfecha)

Mi amiga conserva su silencio por algunos momentos más -y como la conozco bien- sé que perderé el tiempo suplicándole que termine de contar aquello que ha empezado; ya lo he dicho, mi amiga es muy testaruda y no puede obligársele a nada que no quiera si uno pretende mantener su integridad física a salvo. Yo también cedo al silencio un poco disgustado. Mi personaje, del que nunca sabré algo, sigue en la misma caminata sin sentido mostrándoseme una y otra vez impaciente; como

esperando que decida por él. Mientras tanto mi amiga me mira con ojos de querer cambiar de conversación, y la suerte se aleja de mi personaje puesto que tendré que olvidarlo pronto si quiero continuar con una charla interesante. Me hago así a la idea de abandonar mi recreación aunque sospecho que esta acción será bastante molesta; no un reto difícil de sobrellevar, ni mucho menos, pero sin duda será algo incómodo. Claro que también tengo otra posibilidad (me encuentro en todo mi derecho) y puedo esperar en silencio un par de minutos más (acarreado las consecuencias del acto) intentando deducir, por lo menos, cuántos pasos dio este desafortunado hombre antes de caer.

LA PREOCUPACIÓN POR LOS GATOS

No es raro que un gato merodee entre el caos de un edificio en construcción. De hecho, es usual que sean manadas enteras las que encuentran un lugar cómodo para acicalarse en medio de los tubos y las vigas que reposan sobre el piso del terreno. Es frecuente que a los trabajadores les importe poco que éstos caminen sobre los fillos de las columnas aún frescas, o que realicen peripecias entre las pilas de ladrillos; es generalizado el pensamiento, los gatos son cuidadosos, se mueven con cautela, y generalmente poseen un equilibrio que ni el más avezado obrero podría experimentar. Dicen también que siempre caen de pie y que además poseen siete vidas.

Ante este panorama, no son muchas las precauciones que se tienen con los gatos en las construcciones que se realizan en el país (hay que mencionar aquí que nuestra nación presenta una de las más altas poblaciones de felinos en el mundo, y por encontrarnos en bonanza económica, también una alta tasa de construcciones, especialmente de grandes edificios y rascacielos se llevan a cabo en nuestra patria) cosa que no significa que se les menosprecie o que se pretenda erradicarlos. Por el contrario, no es raro que los obreros en sus momentos de descanso, al sentarse a comer, compartan una parte de sus alimentos con ellos y aprovechen también para acariciarlos un poco, siendo conscientes que éstos no están totalmente domesticados y que puedan pasar, incluso, por antipáticos y selectivos.

Como los ritmos de construcción en el país han alcanzado velocidades tan altas, puede decirse que las construcciones son hogares temporales para los felinos, sin embargo, éstos no dejan de interactuar con otros hábitats más convencionales; las ciudades en este país poseen inmensos túneles y los gatos han sabido apoderarse de ellos, en especial, en las

noches, situación que a muchos tranquiliza, puesto que en las construcciones suelen pasar desagradables acontecimientos que, aunque no se quiera así, son muy difíciles de evitar.

Es cierto que las precauciones para la seguridad de los gatos no son algo que de mucho que pensar a los Jefes de obras en nuestro país, no obstante, gran parte de los accidentes ocurridos, dejan en limpio cualquier responsabilidad que pudieran tener estos trabajadores. Lastimosamente también es bien conocida la curiosidad patológica de los gatos; en esta y en cualquier otra región del mundo, dicha característica se hace presente en los de su especie, sentenciándolos, generalmente, a un futuro trágico, del que, de paso sea dicho, pocos han sabido escapar (salvo, tal vez, los gatos que llevan una vida de aparente tranquilidad de los campos de nuestro país)

Como ha de suponerse, gran parte de estos impasses ocurren en las construcciones que se adelantan vertiginosamente en las ciudades. Pese a que existe un abanico amplio de causas por las cuales los gatos pudieran perecer (caídas desde pisos muy altos, descargas eléctricas, envenenamientos...) el principal factor de muerte de los felinos, proviene de la utilización de aplanadoras (tan necesarias a la hora de preparar el terreno para los procesos de ornamentación).

Aún no se ha podido explicar el por qué a los gatos de esta región suele parecerles tan atractiva esta herramienta. El deslumbramiento de los gatos puede evidenciarse desde que la máquina entra en funcionamiento. Como si se diera una señal marcial, éstos empiezan a hacer presencia por decenas y a contemplar con sumo cuidado la dirección en la que avanza la aplanadora. Pese a que se mantienen a una distancia prudente, puede notárseles alerta y erizados, cosa que antecede la situación final, que es el momento en el que el más diestro en el control de sus reflejos busca introducirse entre la aplanadora y el piso en esa fracción de segundo casi indeterminable. Como esta situación se ha convertido en el pan diario de los obreros, éstos suelen proceder de la siguiente manera: primero, no detienen el proceso, por el contrario, se apresuran a martillar algo más de ocho veces, vaya ocurra que el mito sea verdadero. Segundo: intentan que el cadáver se filtre (ya que la limpieza de esos accidentes son frecuentemente muy engorrosas) o por lo menos alcance el nivel del piso para que no se presenten inconvenientes a la hora de poner los baldosines. Por último, se despojan de los restos de carne que se adhieren a sus ropas para no producir asco a la hora del receso, entre sus colegas,

y para que los demás gatos no pretendan comerse los restos de alguno de sus congéneres a la hora de hacerse presentes.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

ANOTACIONES SOBRE NUESTRO TRABAJO

Pocas personas recorren los pasillos. A mis colegas no les gusta verse impregnados del matiz azul que producen las lámparas de neón. Algunos se sobreponen al pudor sólo ante la necesidad de cafeína. El dispensador se encuentra al final del pasillo. Los baños también.

Se diría que somos unos trabajadores responsables. No nos opusimos a que se nos uniformara, aunque no es necesario identificarnos ante nadie, y mucho menos, somos las caras visibles de esta empresa. Lo creímos conveniente por una sola razón: es mejor no parecer un obstáculo cuando se dictan órdenes poco importantes. Entre otras ventajas, somos dóciles, pero esto no debe verse peyorativamente; lo que nos impulsa es cierto fin práctico que resulta siendo, a la larga, muy útil.

Y es que debemos hacer la salvedad. Nuestra empresa no es precisamente la reproducción anacrónica de un sistema autoritario y despótico -aunque se nos exija cierta disciplina-, más bien, dispone los mecanismos suficientes para que los trabajadores den lo mejor de sí. Nuestras cómodas instalaciones, y la disponibilidad de respuestas a pequeños caprichos tales como el café, o sitios adecuados para dormir la siesta, nos hacen pensar, que aunque somos muchos, se nos tiene en cuenta -cosa extraña en las condiciones laborales actuales-. Claro que podría mejorarse en muchos otros aspectos.

No es que estemos unidos, o que con mucha frecuencia mis colegas se manifiesten para reivindicar sus derechos (es colectiva la extraña sensación de creer que no se ha hecho mérito por ninguno), nada de eso, los privilegios que se nos han otorgado están motivados por cierta compasión y por la fascinación de tener reunidos a personas de carácter tan afín laborando para una misma empresa. Es como si hubiéramos nacido únicamente para estar aquí, dicen.

Sin embargo, las relaciones que tejemos entre colegas no suelen salirse más allá del círculo laboral. Es un golpe de suerte el hecho de que a pesar de ser muchos en una ciudad más o menos pequeña ninguno posea una relación de vecindad. Seguramente no quisiéramos compartir otras actividades con alguien que nos recuerda esa gran responsabilidad que supone nuestro trabajo. Nuestro trabajo nos ha obligado a parecer contemplativos en todas partes. Por fortuna todos nos encontramos distantes y no debemos soportar el oprobio de ver nuestra vida repetirse en el cuerpo de otra persona.

Volviendo a lo que me concierne debo decir que nuestro lugar de trabajo es un sitio limpio. Reducido es el espacio que manejamos para laborar; por lo demás no precisaríamos de un espacio más amplio. Nuestras actividades no implican movimiento. Un cuadrante reducido es lo justo. Amplio es el espacio en los pasillos, y allí se hace evidente la asepsia. El aire no es natural, corrientes frías, provenientes de diminutas boquillas, inundan el lugar ralentizando todo movimiento. Las plantas y la decoración se mantienen estáticas y a veces parece que de ellas se expelieran millones de fuegos fatuos. He logrado concluir, después de muchos años, que esto es el producto de la refracción de las luces azules en las partículas cristalinas de las que está conformado, en gran medida, ese sopro gélido.

Cierto es que este espacio ha sido desaprovechado. Todos tenemos excusas diferentes: unos alegan que no es conveniente desplazar la atención cuando se tiene a cuestas tanta responsabilidad (con los que me encuentro en cierto nivel de desacuerdo), otros, que las condiciones no son las que quisieran (sin querer decir que no son las mejores) y otros que se niegan a salir, sencillamente, por la negativa reinante en los demás (yo, por ejemplo) Sean estas razones validas o no, la verdad es que durante los largos años que he servido a esta empresa siempre me he encontrado en una posición bastante incómoda.

Aunque gran parte de los cubículos en los que laboramos tiene un ángulo de visión que abarca cierta parte del inmenso pasillo, el mío, por encontrarse central, lo abarca casi en su totalidad. El punto de perspectiva es diminuto desde donde estoy, y no hay movimiento o acción que realizándose allí pase para mí desapercibida. No es frecuente que me desconcentre, no sé si por considerar mi trabajo muy fácil, o por que en realidad la práctica me ha hecho mecanizarlo hasta el punto que podría hacerlo con los ojos cerrados, es sólo que la maravillosa visión

que supone ese lugar vacío frente a mí se convierte en un gran entretenimiento. Una distracción, si a esto se le puede llamar distracción, que desafortunadamente me invita al pensamiento, y al asombro, en especial, cuando puedo ver que por error un par de colegas se encuentran en él yendo en diferentes direcciones.

Cualquiera que entrara y viera este espectáculo podría decir que nos tenemos miedo.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LOS ROTATIVOS DEL MUNDO DENUNCIAN AMIGABLES EJECUCIONES

La prensa internacional se ha encargado de enrarecer el asunto. Sus manifestaciones han sido enérgicas.

“En el corazón de nuestro continente persisten prácticas que hoy, muy posiblemente, se escapan a nuestro entendimiento; prácticas que de encontrarse envueltas en el peso de una tradición milenaria podrían, tal vez, justificarse aunque no entendamos, valga la reiteración, la lógica desde la cual se ejecutan. Este -los países vecinos de forma unánime acuerdan- no es el caso que describe las atroces manifestaciones que se han venido presentando en el corazón de nuestro continente. La altura de estos tiempos hace imposible tolerar estas acciones sin sentido, esta violencia por la violencia, nacida sin más, un mal día, como diversión y entretenimiento. Esta costumbre se constituye en un acto atroz y es nuestro deber denunciarla”

Lo cierto es muy sencillo: los hombres en este lugar han desarrollado la capacidad del vuelo y ahora surcan los aires con letreros que penden de sus cuellos invitando a los transeúntes inadvertidos, a los turistas deslumbrados, a los niños hiperactivos -que aún no han afinado lo suficiente las artes del planeo- a que disparen contra ellos.

La prensa internacional ha dado conocer cifras exorbitantes sobre las cuales hay que aclarar ciertos desmanes.

“En el último mes los muertos han ascendido 500. Niños, mujeres, ancianos se cuentan entre las víctimas. La capacidad hospitalaria del país aún no presenta congestiones, pero las autoridades locales poco hacen para evitar el denigrante espectáculo”

Lo cierto es que ninguna de las 500 personas que han fallecido en el último mes lo ha hecho en las plazas públicas en las que por costumbre se lleva a cabo esta actividad. Nada más falso. Por otro lado, tampoco existe entre los cuerpos que se ofrecen para ser impactados un ánimo lucrativo que esconda intereses económicos turbios. Este país ostenta uno de los ingresos per cápita más altos del mundo y, siendo consecuentes con la realidad, cualquier dinero extra recibido no podría significar mayor alza sobre un nivel de vida de por sí demasiado satisfactorio. Hay que comentar que el motivo de esta cantidad de muertos (no tan exagerada si se mira bien) obedece a procesos naturales de descomposición sobre los cuales no puede entrar a decidir ninguna legislación. La prensa mundial niega ciertos acontecimientos beneficiosos y de paso también niega la incapacidad ética de las autoridades para entrar a decidir en tan insignificante situación.

La prensa internacional busca entre los países vecinos una movilización pronta que tenga como efecto dar fin a esta cadena de asesinatos sin justificación. La prensa internacional ha llamado la atención de los dignatarios, de los ejércitos, de los intelectuales, de los hombres de ciencia, de los comerciantes, de los artistas y de la gente del común para que todos se manifiesten en contra de estos actos.

La prensa internacional, inflada de orgullo, publica en todas las primeras planas del mundo.

“Las primeras protestas en algunos países del continente se han puesto de manifiesto ya. Marchas aisladas en pequeñas ciudades. Castigos económicos a este país en los círculos de los que hace parte. Bloqueos en los intercambios culturales. Aislamiento...”

Lo cierto es que la prensa internacional desconoce peligrosamente características primarias de este pueblo. La prensa internacional no menciona el ánimo festivo que embarga a los habitantes de esta región. La prensa internacional no menciona que una vez alguien es impactado en el aire, se ve obligado a descender para cubrir sus heridas y para compartir un café -generalmente invitado por aquel que dispara- en uno de los bulevares que abundan en el centro de las ciudades donde dichas prácticas se realizan. La prensa internacional no menciona que ante esta disyuntiva las autoridades correspondientes muy poco pueden hacer. El espectáculo es demasiado amigable como para sospechar que una de las partes ha infringido daño sobre la otra.

Los muertos que han sido reportados por los hospitales, que en efecto alcanzan los 500, han muerto en sus casas, al lado de sus familias, aquejados de infecciones imposibles de subsanar por los entes médicos del país.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

EL ARCA SIN NOÉ

La verdad es que Noé nunca se enteró -por voz directa- del mandato divino que ordenaba desalojar las tierras contaminadas de pecado. Esta es la razón por la cual Noé creyó, sin cavilar, en los animales.

“Nuestro Dios, que es tu Dios, nos ha obligado a desalojar estas tierras. Noé, estás en la obligación de construir el Arca. Estás en la obligación de salvarnos.”

Noé no lo dudó. Los animales hablaban y esto era una indicación indudable de que la voz divina se estaba haciendo presente.

Noé se encargó entonces de construir el Arca. Un Arca gigantesca, llena de miles de receptáculos en los que, con comodidad, habrían de caber los animales estipulados. Un macho y una hembra por cada especie animal.

Los animales habían tomado la precaución de asesinar a los miembros sobrantes de sus especies teniendo en cuenta ciertos factores. Sólo los más fuertes y los mejores exponentes de cada raza habrían de continuar las labores de reproducción.

De esta forma esperaron todos los involucrados en esta historia. Cada uno haciendo lo suyo. Los animales se ayudaban mutuamente en las tareas de extinción de las otras especies con el fin de recolectar energías suficientes para un viaje que se suponía extenuante.

Mientras tanto, Noé seguía construyendo el Arca.

Un buen día las labores de los animales terminaron. Presurosos se presentaron ante Noé y le rogaron rapidez en su trabajo.

“Noé, la catástrofe ya se anuncia. Es necesario que antes de caer la noche el Arca esté construida. Las primeras gotas de lluvia han de anunciar nuestra partida”

Pero Noé, que era incapaz de terminarla en este plazo, entró impaciente a su casa y rogó ayuda a sus dos hijos.

“Hijos míos, estoy demasiado agotado para terminar esta empresa, necesito de su ayuda, si quieren ustedes también ser salvos”

Los hijos de Noé que dormían sobre las pieles de los animales muertos que pululaban en el campo, se levantaron de mala gana y sin mucho cuidado, con desgano, empezaron a serle útiles a su padre.

“Hijos míos, no me hubiera imaginado que ser salvos los motivará a dar tan preciado regalo a su padre.”

Y los hijos de Noé, somnolientos, lograron que el plazo que los animales habían dado a Noé para la finalización de la obra se cumpliera exactamente, sobre el tiempo.

“Noé, debemos entrar ya en el Arca. De lo contrario algunos pereceremos”

Pero Noé que tenía un corazón de burócrata llenó formas y formas con descripciones rigurosas en las que consignaba las características más sobresalientes de los animales que entraban al Arca.

Y las primeras gotas que habrían de anunciar la partida del gigantesco navío se convirtieron en una tormenta incontrolable y muchos de los animales que esperaban en fila para ingresar al Arca se ahogaron antes que Noé terminara su detallado inventario.

De esos animales se escuchó un leve lamento antes que Noé cerrara las puertas de la embarcación. También se escucharon algunas burbujas y algunos pataleos.

Y así empezó el viaje.

Los animales se dieron cuenta de inmediato que el aspecto que ofrecía el Arca por fuera era tan solo un espejismo. El Arca estaba mal hecha, no tenía cuidado sobre los pequeños detalles y finalmente los animales se vieron en dificultades para acomodarse en los estrechos receptáculos que Noé había construido para ellos. Los animales encontraron como una buena nueva el sacrificio de los otros a la entrada.

Sin embargo, se lo reprocharon a Noé.

“Noé, no es así como Dios pensaba nuestra salvación”

Y Noé contestó.

“No es cuestión de salvación, mis hijos y yo odiábamos la tierra en la que vivíamos”

Los animales se sintieron profundamente defraudados.

Noé no aseguró sus provisiones de los frutos que la tierra le brindaba.

Noé y sus hijos hicieron festines con los animales débiles que habitaban el Arca. Noé y sus hijos comieron hasta saciarse. Los hijos de Noé se durmieron sobre las pieles de los animales que habían asesinado y Noé empezó a enseñarles bufonadas a los animales que absortos lo miraban.

“Es su obligación divertir a quien los ha salvado”

Y los animales aprendieron las bufonadas que Noé enseñaba mientras iban guardando rencor en sus corazones porque el Arca que había sido enviada para la salvación de todos, de pronto, se convirtió en un circo para la diversión de Noé.

Pero como en los animales también sobrevive cierto espíritu revulsivo, un espíritu de malicia que delata las intenciones del creador, un buen día se confabularon para expulsar a Noé.

Y así, en una tarde de un día indeterminado, inscrito en un mes indeterminado que hacía parte a su vez de un año indeterminado, los animales decidieron expulsar a Noé del Arca.

“Noé, has defraudado a tu Dios que es nuestro Dios. Él sabrá perdonarnos, como ha de perdonarte a ti también”

Y Noé se ahogó ante la mirada de sus hijos.

“Hijos de Noé pueden continuar durmiendo”

Y los hijos de Noé durmieron, esta vez sobre el piso, pues los animales recogieron las pieles de sus difuntos y las lanzaron al mar.

La historia dice que tiempo después las lluvias menguaron, el barco encalló y los animales, confiados, dejaron vivos a los hijos de Noé, pues pensaban que la reproducción entre seres del mismo género era imposible. Los animales vagaron por la tierra, se acostumbraron a los inclementes hábitats y se multiplicaron.

Para desgracia de los animales la raza humana se reprodujo por alguna razón aún inexplicable.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

FOTOGRAFÍAS PARLANTES

Las fotos están organizadas de tal forma, que, salvo por algunas lagunas, puede uno sospechar los cambios que se han venido manifestando. Evidentemente las de la infancia son muchas; bellas fotos sonrientes, llenas de gente, en las que se consigna, sin distorsión, el universo de alguien que aún mira hacia arriba. Del presente son pocas, quizás, porque los cambios son insustanciales, y, para ser honesto, muchas sólo cumplen la función de documento. De una u otra forma existen las fotos necesarias. Ni una más ni una menos. Y esta cantidad satisface mis carestías.

El pasatiempo preferido cuando recurro a mis fotos consiste en que, una vez organizadas, proyecto hacia delante y hacia atrás los momentos congelados en el tiempo, logrando que pequeños fragmentos de la vida se me presenten, de nuevo, casi como en un holograma, reales y completamente verosímiles. De vez en cuando se me permite a mí, ya lejos, ya viejo y un poco amargado, tomar parte de aquellos momentos, para conversar con todos los presentes y para hacer casi siempre el papel de fotógrafo.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

COMO GOTAS FLOTANDO EN GAS NEÓN

Cree entender que el espíritu de la ciudad es sólo aprehensible cuando -vacías las calles- un ciudadano pasa enteramente desprevenido. Su análisis es exhaustivo. La elocuencia indiscutible en las formas de asumir un camino intransitado. La prevención que salta a la vista frente al simple hecho de tener las manos en los bolsillos. Una anotación más, en pro de la ciencia, y el dato estadístico toma forma.

Cree entender que el espíritu de las ciudades es sólo aprehensible cuando -vacías las calles- un hombre se evapora al cruzar la esquina. Su análisis es exhaustivo. Este hombre ha dejado tras de sí un rastro fluorescente que se dilata en las antenas de los rascacielos y se sublima, finalmente, muy próximo al cielo. Una anotación más, en pro de la ciencia, y el dato estadístico toma forma.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

PARTE 2

Gravedad

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LAS FOTOS DE UNO

Uno tiene una casa en la que se encierra todas las noches. Es común que uno cene junto a personas amables, que sostenga entretenidas conversaciones; incluso, es común que uno tenga una mascota. Una bella mascota que ante uno se retuerza de felicidad. En estos casos suele pasar que uno está rodeado de grandiosos amigos, que se preocupan, y que en cada momento precisan saber en dónde está uno, qué hizo uno y qué piensa uno. Eso sí que es importante. Lo escuchan a uno cuando ha pensado en algo, no importa cuál sea la cualidad de esta reflexión, están atentos, y receptivos para así brindar comentarios pertinentes que despejen toda duda acerca de su incondicionalidad.

No es de extrañarse, entonces, que al llegar a casa uno se sienta colmado de una gran felicidad.

Sin embargo -puede uno suponer- esta no es una felicidad que demande muchas peripecias para ser alcanzada. Uno cree que por el hecho de vivir accede a este privilegio, del mismo modo que accede al privilegio de la respiración. Y en el fondo no es absurdo pensarlo. Se está en constante exposición a este tipo de comodidad. Uno pensaría que es un alivio, después de todo, qué tediosa sería la vida sin el halago gratuito que proporcionan las personitas que lo rodean a uno cuando se encierra en su casa, o cuando se encierra en el trabajo, o cuando se encierra en todas las partes en las que ama encerrarse.

Uno, con todo, es conciente. Esta condición no es duradera, ni mucho menos, estática. Se sabe (reitero, puede pasar) que uno llora las pérdidas, la ausencia y las despedidas, y que cuando son más próximas son más tremendas y difíciles de soportar para uno. Lo acertado de uno es que siempre conserva las esperanzas aun cuando no es sensato aferrarse a ellas. Uno se quita un gran peso de encima. Uno odia la idea de un fin

bsoluto como odiaría la idea de un mundo sin sol, sin baobabs, o sin estrellas que recuerden cascabeles en la noche.

Pero puede pasar también que uno se canse -esto es infrecuente- y que allí donde se le proporciona esta grata complacencia, encuentre un sinsentido pasmoso que lo obliga a huir de las conversaciones; a ver actos humillantes ahí donde hay perros moviendo la cola o a ver una indiferencia cáustica allí donde hay consejos de sanos amigos. Esto puede tener una agravante para uno. Es probable que no exista tal perro, tales buenas gentes y tales amigos, y no obstante, parecer que en la soledad de la casa en la que uno se encierra, en el trabajo en el que uno se encierra o en todas las partes en las que uno ama encerrarse, estos entrañables seres, demanden, desde el más profundo pensamiento de uno, una mínima materialización. Tomar forma para uno a como dé lugar, así sea, en una fotografía.

Entonces -como el más anodino de los relegados- uno se ve obligado a comprar esos portarretratos en los que vienen fotos de personas extrañas que hacen las veces de gentes amables, hombres sonrientes, que hacen las veces de los amigos infaltables, o animales exóticos que hacen las veces de perros falderos. Es común que uno, antes de acostarse, mire estas fotos con mucho detenimiento.

Esta acción suele coincidir con el momento en el que uno se siente más solo.

DECISIONES AL TÉRMINO DE LA URGENCIA

Sería muy fácil. Todo se podría reducir a cerrar la puerta. Imagínese. No escucharía nada más que murmullos imperceptibles e indescifrables. Sería un alivio.

¿No lo cree así?

Mírelo en perspectiva.

Primero, usted cierra la puerta, luego, evalúa con extrema precaución las palabras que -de continuar allí- le resultarían insoportables.

Haga el ejercicio en este momento.

¿No se sentiría usted profundamente aliviado?

Es lo más probable.

Siga conjeturando. No tendría que tornarse violento pues ya no habría a quien golpear.

Claro está, podría usted maldecirlos del otro lado de la puerta sin que ello le representara problemas, ni mucho menos, situaciones embarazosas en las que su integridad física se viera comprometida.

No lo olvide. Son muchos y son más fuertes que usted.

Por otro lado, imagínese lo ofensiva que podría resultarles su acción. Cualquier cosa esperarían de usted, menos, que los ignorara de una forma tan tajante.

Saldría usted inflado de orgullo y ellos se hundirían en la ira y la impotencia.

Usted les demostraría qué tan superior es.

Además sería una excelente ocasión para desautorizar cualquier conocimiento previo que de usted pudieran poseer.

¿No sería genial?

Está en usted la decisión. No obstante, manifiesta hallarse en una situación inoportuna.

¿Cree usted realmente encontrarse en una situación inoportuna?

Un segundo antes de todo reclamo se le presenta esta posibilidad.

¡Sí! ¡Esta única, feliz e inigualable posibilidad!

Una posibilidad sencilla: obviar la situación, dar la espalda y cerrar la puerta.

¿Se siente usted confundido?

No sea insensato.

Siéntase protegido por Dios.

Tiene usted esta opción, y puede tomarla en este instante.

Amigo.

En honor a la verdad, no puede ser tan difícil.

INSTRUCCIONES

Muévase lentamente. Abra las gavetas. Encuentre una fastuosa caja de herramientas. Encuentre un martillo hermoso. Destrócese los dedos de la mano izquierda. Uno por uno. Hasta que estallen. Hasta que se enreden en las cortinas y sea difícil desenmarañarlos.

Eso sí, mantenga una mano intacta.

Luego, rásquese la cabeza, hasta que entre las uñas queden rastros de piel, de sangre y de grasa. Luego tráguelos. Identifique el sabor. Sabe usted de antemano cuál es la conclusión. Esos despojos han de saberle extraño.

Pero debe usted disfrutarlo.

Pronto, ruede por las escaleras hasta que la acción parezca cinematográfica (esto puede tardar tiempo) y cerciórese de que su espalda reciba constantes golpes, especialmente, de los filos. Si no se provoca un dolor suficiente, intente golpear su boca con los mismos. Se habrá dado cuenta de que lo ha logrado cuando sus dientes tomen ángulos obtusos. Cuando sus encías sangren.

De inmediato, intente usted morderse las rodillas. Puede ser complicado al principio, pero no se imaginará hasta qué punto sus dientes pueden convertirse en un arma tan efectiva.

No cierre las heridas. Por ningún motivo lo haga.

Diríjase, cojeando (si en este punto no cojea aún, realice de nuevo el procedimiento) hasta ese lugar en el que se guardan los químicos de uso doméstico.

Suponga qué hacer con ellos.

Buen punto.

Ahora los vierte usted sobre sus heridas y espera hasta que éstas reaccionen de forma favorable, es decir, hasta que salgan pequeñas burbujas

o hasta que la piel tome un color diferente, o mejor aún, hasta donde el dolor le permita soportarlo.

Puede beberse esos frascos también. Debe usted contar con la iniciativa.

Y es acertado mirar maliciosamente las conexiones del gas. Imagínese usted la utilidad para el caso. Excelente uso. Lentamente introduzca las mangueras en su nariz, encienda el dispositivo, y maréese, maréese hasta vomitar. Hasta que se sienta liviano. Hasta que el vómito deje entrever las primeras lágrimas en sus ojos. No es aconsejable que intente, con su mano izquierda ahora chorreando sangre a cántaros, dar chispa con un encendedor. Puede usted esperar el momento más prudente.

No es conveniente desesperar.

Continuando, ya se habrá dado cuenta de los peligros inmensos que encierran los sótanos de una casa común y corriente. Pero debe ir usted un paso más adelante.

¿No se le ocurre nada? Una sugerencia, ¿no encuentra usted llamativos esos tomacorrientes?

Bien. Ármese entonces de un par de tenazas (debe hacer el esfuerzo de sostener una de ellas con la mano que ahora pende destrozada) y sujétese fuertemente de los cables. Para que la electricidad no se escape, puede hacer usted tierra con alguno de sus pies sobre un balde lleno de agua. Las ampollas en sus manos le dirán cuando detenerse.

Ahora bien, fíjese cuántas cosas pesadas pueden caer sobre usted provocándole fracturas en el cráneo. ¡Occipital, parietal, frontal, todos ellos convertidos en astillas! Mire usted la cantidad de recipientes metálicos, la cantidad de instrumentos y armazones, la cantidad de gavetas de acero, que se sostienen entre agudas cuñas de bronce y estaño.

Imagínelas caer.

En efecto, lo piensa usted muy bien, es el momento preciso. Póngase cómodo (es decir justo donde caerán los objetos más pesados). No se impaciente. Tome los estantes por su base y empújelos lentamente hacia usted. Primero caerán algunas cosas sin importancia (partículas de polvo, uno que otro clavo), luego verá usted cómo se desploman esos adorados objetos, ahora incrustándose en sus ojos, ahora incrustándose entre sus costillas. Desde abajo parecerá que los objetos retan a la gravedad.

Y será una visión maravillosa.

EL PELIGRO DE LAS PRIMERAS PALABRAS

Espero que caiga. Espero, pacientemente.

Lleva un par de minutos haciéndolo. Mi amigo cae con mucha lentitud. Le he dicho “Hoy simularemos ser jóvenes” y mi amigo, sin medir las consecuencias de sus actos, ha saltado desde su cama –un salto enérgico– y sus pies han quedado a la altura de mis hombros.

Sí, mi amigo se ha suspendido en el aire, con los brazos abiertos, crispado de felicidad, como nunca lo había visto. Inflado de una felicidad infantil y de una destreza de atleta aventajado.

He intentado moverlo. Lo he tomado de los tobillos pero ha sido difícil sacudirlo. Se desplaza centésimas de milímetros por minuto. Le repito “No seas idiota, tan sólo simularemos serlo, no te garantizo que nuestro intento sea exitoso” pero parece no entender. Su sonrisa aún no se altera. Toma más fuerza con los minutos. Parece apenas estar reaccionado a mis primeras palabras.

Busco distintas formas de acelerar el proceso, pero las leyes gravitatorias que actúan sobre mi amigo son muy difíciles de subvertir. Me he subido a su cama, me he puesto de pie sobre sus hombros, he saltado sobre él pero el esfuerzo es inútil. He intentado disuadirlo de su estado de lentitud con la palabra. “Me arrepiento. Quiero que descanses. Ha sido una mala idea invitarte. Tal vez un día más soleado. Mira, parece llover y eso en nuestro estado... no querrías desvanecerte, ¿o sí?” Pero es imposible sacarle palabra alguna a mi amigo. Su estado me perturba y sólo puedo preguntarme, ¿quién me ha dado libertad para acercarme a mi amigo de esta forma? No he tocado su puerta, no he sido ni un poco cortés, ¿qué me ha obligado a violentarlo de esta manera? No me cercioré si descansaba.

Mi amigo precisa cuidados. He debido suponer que una invitación como ésta era contraproducente en su estado. Procedo entonces a disculparme. “Entiende, fue una mala idea. No fue mi intención alterarte ¿Te has asustado? ¿Te he incomodado? ¿Qué sueño agradable he interrumpido? ¿He sido inoportuno?” Se lo digo infantilmente, suplicádoselo, pero es imposible, mi amigo no me escucha y mi arrepentimiento me hace pensar que no fue la felicidad aquello que lo embargó tan pronto le hice mi invitación. Pienso que quería atacarme. Pienso que quería reducirme a cenizas. Pero intento olvidarlo rápidamente.

Me siento entonces a contemplar el desenlace de la acción. Reprocho mi descaro, me fumo un par de cigarrillos, cedo al sueño por instantes. Un sueño intranquilo que me obliga a estar vigilante a cualquier acontecimiento. Tomo agua de vez en cuando. Le ofrezco a mi amigo aunque no pueda suponer si está cansado. Recibo sus llamadas telefónicas, atiendo sus visitas y lo excuso diciendo que se encuentra un poco indispuerto. Mi amigo siempre se encuentra indispuerto. Por eso, a quienes lo visitan no les resulta sorprendente. Le ofrezco de comer a mi amigo. Lo obligo a comer pero es imposible abrir su boca. Mi amigo está tenso. Mi amigo está muy tenso.

Así que intento armarme con comentarios inocentes. “No deberías encerrarte de esta forma. Mira tú habitación, tan oscura” Abro las ventanas del cuarto de mi amigo y un cielo sin color se presenta. El espectáculo no es muy agradable y por eso las cierro. Prendo cada una de las lámparas de la habitación. Cambio de ropa a mi amigo –mi amigo me ha recibido en un estado deplorable– e intento limpiarle la cara, al menos.

Continúo esperando. Impacientándome con cada hora que pasa. Leo las novelas ridículas que se encuentran en su mesa de noche. Novelas ridículas y sentimentales. Me detengo al finalizar cada capítulo y lo observo. Sus progresos son insignificantes. Sólo hasta ahora sus pies se yerguen contra el piso. Me sorprende de que mi amigo no haya perdido aún destreza para estas habilidades. De nuevo duermo. De nuevo intranquilo.

Al llegar la noche las cosas no han cambiado sustancialmente. Mi amigo ahora tiene las manos caídas y parece un poco arrepentido. Mi amigo tiene una expresión ridícula. Yo estoy molesto. Estoy cansado. “Damos vergüenza, lo sabes bien, no podemos darnos el lujo de recrudescer nuestro estado. Alguien podría entrar en este momento ¿Te imaginas la expresión de tus hijos viéndote así? Te odiarían. Debería llamarlos. Debería traer a todos aquellos que te conocen. Espero que no sea un

truco. Espero que de nuevo no intentes llamar la atención” Grito por la habitación. Rodeándolo. Que más podría decir. Tengo que mentir. Sé que esta situación es ajena a mi amigo. Sé que no lo ha buscado. Mi amigo no hace trucos. Mi amigo no intenta llamar la atención. Mi amigo no tiene hijos. Mi amigo se siente odiado, pero eso es natural cuando se tiene nuestra edad.

No encuentro explicación aunque cientos de dudas embisten mi cabeza. No quisiera pensar, que de tanto sentirse odiado, mi amigo encontrara en una invitación tan insignificante un único motivo para desplazarse. Me he encontrado en situaciones semejantes y varias veces he intentando guardar la cordura para no parecer un infeliz. Estando en la situación de mi amigo tal vez hubiera reaccionado yo igual, o tal vez con unas pequeñas variaciones. Pero de un modo inusual, sin duda. Tal vez, me hubiera empequeñecido, me hubiera desvanecido en el aire, hubiera estallado mi cabeza, me habría vuelto agua.

Tantas posibilidades.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

DIOS AMA A SUS NIÑOS

Lo vi. Primero, escondiéndose entre las personas. Luego, escondiéndose entre las cosas. Quería hacerse notar, pero también quería ocultarse. Sabía que lo seguía con la mirada. Si alguien hubiera prestado atención a su ir y venir no habría quedado duda. Él quería perturbarme.

Y me perturbaba.

En cualquier momento iba a tomarme por sorpresa. Se acercaría; era su intención. Lo haría cuando su voluntad le dictará el momento. No habría servido de nada llamarlo. Era un poco terco.

En efecto, cuando quiso, se detuvo frente a mí, me planteó sus preguntas e ignoró mis respuestas con mucha facilidad.

Me sorprendió.

— ¿De dónde vienes?

— Del vientre de mi madre... Supongo.

— No. Vienes de Dios. Todos venimos de Dios. Todos somos hermanos por parte de Dios.

Y no me dio tiempo para refutarlo.

De repente, trepó sobre mi espalda, y me pidió que lo llevara a lomo de caballito. Me golpeó la cabeza y todas las inquietudes y las dudas acerca de ese disparate se evaporaron, obligándome a continuar en marcha. A la gente que nos veía hubo de parecerles un cuadro tiernísimo. A mí me perturbaba.

— Dime cuándo parar, por favor.

— Cuando seas un niño de nuevo.

Y continuó golpeándome la cabeza.

Ya lejos de la calle y de la gente, en los verdes prados de un parque, ordenó que me detuviera. Me hizo sentar. Quiso que extendiera mi brazo, y sobre la palma de mi mano, vertió algo que creí podía ser una golosina.

— Come.

Pero mi lengua estaba seca, y en el paladar todo se tornó arenoso y salado. Escupí. Miró boquiabierto mientras con avidez lamía la ración de su mano.

— ¿Ya no te sabe bien?

— No. No es esto lo que quiero probar ahora que tengo sed.

—Qué raro. Antes, más cansado aún, lo tragabas hasta dejar tu mano húmeda.

Y no supe nunca que diablos era eso. Ni su sabor me resultaba familiar, ni la forma de comerlo me resultó conocida. Pero verlo lamer así sus falanges no me escandalizó. Era demasiado natural en él.

— Sabes de lo que te pierdes.

Y sólo esto dijo.

Una vez hubo terminado empezó a esconderse entre los árboles de la misma forma que minutos antes se escondía entre la gente y entre las cosas. Sonriéndome mientras dejaba verse. Escondiéndose rápido para descrestarme con su habilidad. Dando grandes zancadas de un lado a otro, trepando sin trabajo árboles altos, o escabulléndose entre los matorrales. Quería molestarme, como, en honor a la verdad, me molesta todo lo que se mueve.

Y me perturbaba.

— Dilo.

— ¿Qué quieres que te diga?

— Que te molesta verme ir de un lado a otro.

— No me molesta.

— Te molesta como pocas cosas. Desde hace mucho tiempo te molesta. Te avergüenza saber que algún día lo has hecho.

Y por fin se detuvo.

Sin mostrar un leve rastro de fatiga. Se limpió sin estar sucio. Una imagen opaca era su estado natural.

Y se sentó a mi lado.

Habló sobre las casas para las hormigas que construía y sobre las flores que comía para hacerse más fuerte, habló sobre las casas para las hormigas que habiendo construido incineraba y sobre las flores que a cambio de hacerlo más fuerte le provocaban vómito. Y reía de vez en cuando y me obligaba a reír como si su experiencia fuera la mía, y ni siquiera mirándolo gravemente lograba apenarlo, porque una vez terminada una historia, hablaba de otra en la que aparecían rodillas laceradas, perros dementes, guisantes irritantes, todo al tiempo, y rápidamente, y sólo por un momento su rostro se ensombreció, en el ir y venir de las palabras, cuando entraron en la historia, las cenas en una mesa llena de gente, los movimientos frenéticos de los dedos de su padre, y las malformaciones de su madre, todo al tiempo y rápidamente...

— Nos han pasado muchas cosas.

— Niño. Aclaro. Te han pasado muchas cosas.

Y me miró con lástima.

Me hizo seguirlo con la amenaza de que ante otra pregunta me abandonarían. Y no se dio por aludido cuando repliqué que no era yo el que las formulaba. Igual tomó mi mano, y aunque se sujetaba fuertemente a ella, me imploró que no lo soltara cuando atravesábamos la calle.

No pensaba hacerlo.

— ¿Sabes? Me obligan a pedir el favor a alguien cuando necesito pasar la calle.

— Es necesario, ¿lo haces siempre?

— Qué puede cambiar. Si me han de atropellar, mejor que sea uno y no dos. Un automóvil a gran velocidad no distingue.

— ¿No crees que ir con una persona puede ser un poco más seguro?

— No. No es más seguro.

— Y ahora que pasas esta calle conmigo ¿te sientes más seguro?

— ...Menos.

Y recorrimos sus sitios predilectos. Me hizo oler aquello que más le gustaba. El olor de las manos que sudan cuando sujetan una barra de metal. No le preocupó que al oler esto las náuseas se hubieran apoderado de mí, porque de inmediato se acercó con un helado de leche que se derretía entre sus manos, e hizo que el goteo entrara en mi boca mientras

daba retorcijones. Reía, reía como nunca esta vez, pero como siempre reía, y las náuseas desaparecían mientras la leche pasaba por mi lengua. Lo vi una vez hube llegado a la calma y en su rostro podía verse que la acción no estaba motivada por la maldad. Era, en el momento, una acción de redención.

— ¿Aún le temes al dolor?

— ¿Por qué hablas con tanta propiedad?

— No se contesta a una pregunta con otra pregunta.

— Se le contesta a los mayores siempre.

— Eso es falso.

Y después de caminar y de regañarme por mi debilidad, se detuvo en una esquina. Sonriente estaba, sujetándose con una mano, y saludando con la otra a muchas personas, de forma exagerada y cordial, como si no hubiera sido para él un misterio mi aversión por este acto.

— Saluda. En algún momento no fue difícil para ti. Puedo apostar.

— ¿En qué momento?

— En este momento

— No mientas. Sé exactamente de dónde vengo. Estas calles no me pertenecen. No es así como recuerdo las cosas. No he cambiado tanto.

— Sí, has cambiado.

Y continuó saludando.

Levantando y meneando mi mano me obligó a saludar y me vi sin opciones cuando la gente que pasaba contestaba a mi saludo, sin resultarme, claro está, conocido ninguno de ellos.

— Menos en algo. Eres igual de terco.

Me miró con cara de haber atinado al punto. Yo continué, imperturbable. Apretando con más fuerza su mano, casi hiriéndolo. Así lo sintió y quiso desprenderse inútilmente.

Y yo imperturbable.

— Menos en algo. Eres igual de terco y siempre estaré ahí para recordártelo.

Y lo solté.

Sintiéndome como parte de una farsa.

El niño no corrió. Se alejó un par de pasos y me observó como alguien que ha cumplido una tarea a cabalidad.

— ¡Ja! ¡Sé de dónde vengo!. Demasiado terco aún.

Y se alejó sin prisa esta vez, gritando a viva voz sobre la acera.

— ¡Dios! ¡Sálvalo! ¡Dios! ¡Sálvame!.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

HUESOS. EXPELIDOS. LIBRES

Seguro. Como si todo lo que nos rodea explota en un segundo imperceptible. Ya la fuerza del interior –inimaginable- busca salida. Los límites se han expandido, se hacen blandos; los límites se han hecho inservibles; el frontal ingrávido, la columna vertebral hecha un círculo, los huesecillos auditivos, babosos y brillantes como estrellas diminutas abandonándose en el espacio. Y a todo, sólo una explicación.

Urgencia.

¡La tierra se ha salido de órbita!

Rastros de polvo, lava y carne se expanden en una pequeña esquina del universo.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

CANIS STARDUST

Laika emprendió una carrera infatigable contra el tiempo, y, pocos años después de su llegada a la tierra, ya contaba con los conocimientos suficientes y la preparación física imprescindible para emprender, por su cuenta, las exploraciones espaciales que siempre estuvieron monopolizadas por el género humano. De su aspecto perruno — observación ésta muy superficial— poco quedaba cuando en la estación de Cabo Cañaveral se le vio caminando sobre dos patas, aún torpe, pero segura, incómoda entre el traje plateado y la esfera de fibra de vidrio sobre su cabeza, momentos antes de emprender la misión más arriesgada de la que se tuviera noticia en los anales de la ciencia espacial: la exploración de la Nube de Oort, sistema extraplanetario, conformado por cientos de miles de millones de cometas que gira entorno a nuestro sistema solar, describiendo una elipsis exacta que hace sospechar la idea de un escudo protector infranqueable.

Laika, no abandonando del todo las características más esenciales de su género, se entregó de lleno a esta empresa, y en consideración filial por estas rocas inertes, que de la misma forma que los perros protegen indirectamente al género humano, decidió desintegrarse en el espacio, ya muy próxima a la nube, para hacer parte del ejercito pétreo que nos protege, y que a diferencia de los de su raza, nunca ladra, nunca come y nunca se fatiga.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

PARTE 3

Cosas que no parecen ser lo que son

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

FÁCIL CONTRADICCIÓN

Podría esperar. Sentarme en esta orilla y limitarme a la observación. Podría esperar. Me he ejercitado toda la vida para ese acto. Derrotaría la impaciencia justo antes de llegar, y aunque no fuera suficiente, mis actos no se distinguirían de la quietud. También me he ejercitado en el arte de la inmovilidad. Soy obediente. Ni a favor ni en contra, y sin embargo, no soy yo, es una presión externa; pero no hay tiempo para aclaraciones, no siempre resultan eficaces. Me hice de una mentira y conté con suerte mucho tiempo, las explicaciones parecían suficientes. Pero todo suele caer por la fuerza que produce su propio peso. Me era imposible soportar mis mentiras. Les fue imposible soportarme ¿Es natural? Quiero creerlo así. Muchos pudieron haberme mentado, pero me he ejercitado también en la noble predisposición que precisa la ingenuidad. Cosas de las que puedes arrepentirte. Es verdad, es una incongruencia; afortunadamente siempre desistí del aprendizaje del razonamiento lógico.

No quiero pensar que los odio, me parece suficiente creer que ahora no están conmigo y que yo lo he provocado. Todo lo que sucede es meramente circunstancial. Todo fue en su momento y ahora no puedo cambiarlo. Pero puedo esperar. Puedo mantenerme quieto. Puedo creerles. No tengo iniciativa, eso, de la misma forma, lo he aprendido satisfactoriamente. Si ellos pudieran leer esto, creerían tal vez que soy una buena persona, porque después de todo soy obediente. Pero no podrían leerlo, porque entonces defendería con todas mis fuerzas la máscara y las mentiras que me llevaron a ser aceptado. Soy terco, eso no le he aprendido. Así he nacido. De paso, no puedo ser otro. ¿Y si lo intentara? Tal vez podría permanecer en la cofradía. Pero fácilmente me descubrirían; adolezco de habilidades para la hipocresía, para el disfraz.

Creo que también debo anotar entre mis debilidades mi incapacidad para ser otro. Para asumirme como alguien diferente; lo corpóreo no es necesario. No en vano hice de mí una persona admirada. ¿Por qué habría de querer cambiar la imagen que de mí tienen? ¿Realmente tendrían esa imagen de mí? Probablemente. No debería decir probablemente, luego, les creo, siempre fueron suficientes sus apreciaciones, no debería cuestionármelo. He aprendido a dudar, ¿quién lo iba a creer? Los viejos no deberíamos aprender más. Ocurren balances furiosos. Soy ingenuo y la vez puedo dudar ¿Debe ser una habilidad? Dejar que existan tantas contradicciones en mí, debe ser algo extraordinario. Debería anotarlo en la lista de mis habilidades, pero no estoy seguro de que lo sea. Difíciles contradicciones ¿Lo habrán considerado alguna vez? Sí. Tal vez en el momento en el que decidieron alejarme. Todo puede expresarse en términos de una contradicción y para ellos toda contradicción debía ser erradicada. ¡Eso es carácter! Mi única gran falta, mi único gran vacío. Pero ¿quién necesita carácter cuando está aislado y cuando todo su movimiento se limita a mirar hacia arriba y esperar? Puedo prescindir de él. Ya no estorba la idea. Cuando fue necesario ocultar esta debilidad fui incapaz. En ese momento era realmente importante. Pero no pueden olvidar que lo intenté. He sido terco y no en vano. Ellos podrían, con facilidad, dar fe de ello. Quiero creer que puede ser así. Espero no tener que dudar. Espero no tener que llevar mis manos a la cara. Espero no tentar al movimiento. Quisiera que no se hiciera evidente esa constante contradicción, aunque soy conciente que de aquí ya nadie puede expulsarme. ¿Podría entonces dedicarme a la contemplación y a la quietud? Tal vez, si fuera capaz de callar. Pero no he sido entrenado para ello; cuando has construido tu vida sobre una mentira, no puedes parar de hablar y de hablar, es una condición casi necesaria. Son rezagos que se mantienen, aunque sé que el viento no ha chocado para producir el más mínimo ruido. El sonido no sólo se produce en el agua y en el aire. Hay otras formas. Puedo discutirlo por horas. Hoy me sentaría bien. Bien. Muy bien. Ninguna acción me seduce. Camino directo a la asfixia. Aburrimento. Nunca pude librarme de él. Oportuno momento para confirmar que nunca aprendí grandes cosas. Dudas. Debe ser por eso que no me consideraron apto para estar allí, con los demás. Nada de esto importa, igual, no cederé a la impaciencia. De nuevo una habilidad. Me divierto contemplando lo real. Lo real es que puedo verme caer. Aunque no se me crea. Pero

soy el mismo. El mismo que hace un segundo estaba pensando tentar al movimiento. El mismo que ha intentado dejar algunas cosas en claro.

De nuevo no lo comprendo, y a la vez puedo comprenderlos mejor.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

PROTEGIDO

Entonces te diría.

“Mantente en una ciudad tranquila, ten cuidado donde estés”

Sabes que sería fácil perdonar. Sabes que sólo es parecer un poco agradable.

Sabes que sería fácil perdonar. Sabes que el juego consiste en ignorarse un poco.

Dirías que es suficiente. Dirías que he superado la prueba. Reconocerías que hago un intento grande por no mentir. Notarías que es un gran esfuerzo. Notarías que me cansa. Notarías que me agoto.

Entonces te lo repetiría.

“Vete a una ciudad tranquila, pero ten cuidado donde estés”

Y ya lo sabes, yo desearía acompañarte. Desearía comprobar que en efecto es una ciudad tranquila y que en efecto sabes dónde pisan tus pies.

Pero tu dirías.

“No es tan fácil perdonar, sabes que no es sólo cuestión de parecer agradable”

“No es tan fácil perdonar, sabes que el juego consiste en tenerse presente”

Y mis intenciones de acompañarte se desvanecerían. Ya lo habrías descubierto: no es tan fácil perdonar, no es tan fácil parecer agradable. No es tan fácil perdonar y es imposible no hacerse presente.

Me vería entonces en la obligación de recordarte mi esfuerzo. Mi pequeño esfuerzo. Ese esfuerzo que me agota. Ese esfuerzo que me agota y me hace único.

Pero ya no lo entenderías, porque para entonces una gran ciudad te abriría las puertas y te perderías en sus calles, y ese lejano “Ten cuidado donde estés”, apenas sería algo vago en tu cabeza.

Pero yo continuaría pensándolo. Agotándome en el intento.

Y tú conseguirías olvidarlo.

Comprobarías que es imposible perdonar. Comprobarías la verdad, comprobarías que todos somos detestables.

Y te lo repetirías.

“Es imposible perdonar”

“Es imposible no hacerse presente”

Y me desarmarías. Y ya sería difícil para mí procurarte tantos cuidados, porque no sería ni siquiera una sombra reconocible en tus pensamientos.

Pero yo rogaría al cielo aún.

“Hazle entender que sería fácil perdonar. Hazle entender que es cuestión de parecer un poco agradable”

“Hazle entender que sería fácil perdonar. Hazle entender que el juego consiste en ignorarse un poco”

Pero Dios no me escucharía, porque ahora él te procuraría sus cuidados.

Él te ordenaría mudarte a una ciudad pequeña. Él te salvaría de cualquier peligro.

Y no necesitarías compañía.

Y yo sí que te necesitaría para recordarte. Para recordarte que me esfuerzo hasta lo inhumano. Para recordarte que me canso. Yo sí que te necesitaría para repetirte las únicas palabras con las que suelo hacerme entender.

“Mantente en una ciudad tranquila, ten cuidado donde estés”

Pero sería imposible repetírtelo.

Sería imposible gritarlo.

LA CANCIÓN QUE NO HE ESCRITO

En la canción que no he escrito debo estar representado. Esta debe ser la condición primaria. La canción podría presentar faltas, podría no ser armónica, podría no tener visos de un ritmo definido; mi canción podría no contar con una estructura delimitada o institucionalizada. La canción que no he escrito podría empezar en coro, podría empezar en el corpus o bien podría empezar con un sonido cualquiera.

Repito: la única condición para que nazca la canción que no he escrito es sencilla: debo estar representado en ella.

En consecuencia, la pregunta que surge es ¿cómo he de representarme en la canción que no he escrito? ¿cómo se reflejará en su totalidad el tiempo de una vida que si se mira bien puede resultar, como cualquier otra vida, inabarcable? Contestar esta pregunta no es tan fácil como parece o como, bien sea dicho, muchos otros intérpretes quieren hacerlo parecer.

Escribir una canción no es sencillo.

Hay que proceder minuciosamente.

Si he de estar representado en mi canción es de esperarse que pueda cantarla. Debo utilizar un código comprensible, he de renunciar a los símbolos, y debería interpretarla sin hacer alardes de falsas habilidades. Nada de palabras incomprensibles, ni de sonidos extenuantes que se asemejen a plegarias paganas. Debo hacerme entender y resaltar -de los aspectos que considero pertinentes para revelar- las características más básicas. Mi canción ha de estar conformada por sentencias simples, nada de subordinaciones peligrosas, de vueltas sobre el punto, de arco tangentes que ora dejan ver, ora esconden la simpleza de una vida que se ha vivido como todas. Una vida sencilla.

Las cualidades de esta construcción necesitan una sana disposición además de un ambiente propicio para la creación. Si he de representarme

de una forma certera en mi canción es imprescindible una reconciliación con el espacio, con la gente, y con aquellos espíritus que se manifiestan y se arrastran trayendo a mis manos las palabras que mejor expresan la sencillez, la simpleza y la diáfana inconsecuencia de mis actos.

En resumidas cuentas, debo encontrarme en paz -imposible olvidar- conmigo mismo. No debo compadecerme y he de evitar reconocerme como el artífice de una acción sublime. Debo evitar hacer comparaciones. Tendré que negar las acciones exageradas, fuera de toda proporción y de todo alcance humano, aunque sienta que he sido partícipe de muchas. Tendré que discernir respetuosamente entre la realidad y la ficción, dándole a cada una de estas partes un equilibrio perfecto. Para ello tendré que rodearme de sanos objetos, tendré que enviar cartas a aquellos que he lastimado y tendré que esperar sus respuestas. Tendré que ofrecer mi otra mejilla. Es necesario, también, que empiece a honrar a mis padres. Estaré en la obligación de leer aquello que ya he leído y escuchar aquello que ya he escuchado

La canción que he de escribir estará plagada de los grandes acontecimientos que me han sobrevivido. También estará plagada de los actos nimios de los que, en su mayoría, se compone mi vida. En mi canción estarán, cómo no, todos aquellos a los que he querido, a los que he odiado -una vez me perdonen-, y aquellos a quienes sólo he visto una vez en la vida. Estarán conmigo, reunidos -esta puede ser una buena idea para ir concretando mi canción- en una gran mesa y todos querrán dirigirme la palabra y confirmar qué tan importante he sido para ellos. Estarán también las tardes que parecieron en su momento no morir y que me atemorizaron cuando fui joven, estarán los sonidos que recuerdo, estará la cajita musical con su intérprete que -encerrado en su interior- parecía morir al terminar el infantil motivo. Estarán los viejos y los nuevos miedos, ahora superados, como risas de un pasado pueril. Estarán también mis otras canciones -será difícil no reprochar su mensaje inconcluso- porque es necesario entender que en ellas hay un intento vano que sólo en este proyecto se consuma. Estarán también las anotaciones de mis diarios fragmentados.

Aunque ahora no es primordial pensar en ello, el arsenal instrumental de mi nueva canción estará conformado por aquellos instrumentos que amo. También por los que odio y odié. Si es necesario y si mi canción así lo demanda, primero pasaré días enteros escuchándolos hasta que de ellos reconozca cualidades entrañables e inolvidables. Es mi deber

reconciliarme con ellos también. Es probable que mi proyecto peque de pretencioso, pero me siento tentado a dar cabida a toda experiencia sonora. Evidentemente no dejaré de lado al silencio.

La canción que no he escrito será también una excusa para proyectarme de forma ficticia. (Insisto: respetuosamente) Es necesario consignar en ella los más diminutos estímulos y las más insondables pretensiones. En mi canción seré el superhéroe en una ciudad de hierro, seré el personaje pixelado de un juego video, seré la basura que se desecha en navidad, encarnaré a mis amigos imaginarios, seré quien me ejecuta en mis sueños, seré mi padre, seré las personas sobre las que he vertido compasión. También me representaré en mi más pura liviandad. Reconocerán todos, cuando mi canción tome forma, a aquel que saluda o a aquel que se alegra cuando un amigo lejano toca a su puerta. Encontrarán también -esto se hace inevitable si se quiere hacer justicia con la realidad- al rencoroso, al ignorante y al pervertido. Encontrarán todas las máscaras y este ejercicio ayudará -por qué no- a encontrarme reconocible a mí mismo.

No veo la hora de empezar a escribir la canción que no he escrito. Las horas se hacen infinitas en este bosquejo. Por cierto, en mi canción se mencionará la prisa de mis acciones, mis imprudencias, el deseo de terminarlo todo al instante. Estará latente también mi mediocridad pero esta no será un punto que empañe mi canción. Ya no será mediocridad, será impotencia y eso, entre los de nuestra especie, está permitido.

Esta canción intentará recuperar las cosas que he perdido. Las personas y las cosas. Las personas pasajeras, mis llaves y mis billeteras. Mis billeteras, las personas que he perdido y que he amado, mis documentos de identificación. Las palabras que he perdido. También las cosas que he recuperado. También estarán en ella los lugares que conozco y los lugares a los que deseé ir. Los cuadrantes enigmáticos del globo terráqueo. En mi canción estarán los trópicos de Cáncer y de Capricornio porque sus nombres se me hacen agradables. En mi canción estarán los astronautas y los cosmonautas, estarán -quiero mencionarlo rápido- las guerras que me han sobrevivido y sus correspondientes cubrimientos mediáticos. Debo escribir también mis enfermedades y las maravillas caseras que aún hoy me sorprenden. En mi canción estarán las palabras pleistoceno, cuaternario, Pangea, poliéster, polietileno, vidrio, imitación, anemia, nemátodo, gastrointestinal, paquidermo, aleatorio, inconcluso, amnesia, estrobo, respiro, uniforme, humo, inflamado, oriflama, hacinado, creciente, decreciente, hoyo, manejar, conducir, chocar, oxígeno,

droga, comida, piel, explosión, sonrisa, deforme, saludable, placer, asfixia (aunque me cueste trabajo escribirla), abrasivo, autoridad, sospechoso, fácil, inoportuno, animal, ambulancia, suerte, desaparecer, letal, plástico, cielo, violencia, azul, malo, melatonina, neón, trabajo, culpable, inocente, defensa, bueno, cubrimiento, agua, piedra, esperar, llegar, decir, nada, interés, ganar, ganador, cansado, cerrado, tosiendo, amarillo, flema y otras cientos de miles de palabras más que aquí, en este proyecto, no es útil mencionar pero que en la canción -que anticipo será extensa y demandará algunos días escucharla- se expresarán con tanta claridad como mi voz lo permita.

La canción que he de escribir sonará, inevitablemente, a melancolía pero rebozará también de una felicidad irreconocible en mí.

La canción que he de escribir será cantada de una forma inimaginable.

[RETRATO DE ÉL Y LOS OTROS]

Él se desliza entre las acciones, fluye en ellas sin oponer resistencia. Con frecuencia se deja llevar. Deambula en entre la euforia desmedida y la profunda soledad, entre la bruma de los nobles sentimientos, y el regocijo de las reacciones precipitadas. Se encamina en la agresividad sin sentido y se hace dueño de la tontería justificada. No opone resistencia. Se ufana de su experiencia y repudia toda razón. Continúa, muy a su pesar, respirando; pero no niega al prójimo la tranquilidad de tenerlo a la vista. No mira, contempla (en alguna parte lo leyó) Odia la insensibilidad. No puede evitarlo. Acepta con modestia que es sólo una persona. No lo cree así. Se relaciona, se desencanta con demasiada facilidad y se da el lujo de abandonar. Es usual. El mundo, para su desgracia, está lleno de debilidad. Lloro. No lo acepta. Ríe a carcajadas y cree que nadie nota que su risa es una farsa. Se burla de la gente ingenua. Su mente es impenetrable. Se jura impávido e inexpresivo. De paso, incuestionable. Se hizo un hombre inhumillable, se hizo un hombre de oídos sordos. Bueno, no para todo. Sin guía ni creencia. Sin supersticiones, salvo la de recordarse que en cada momento y en cada día, lo sucesivo será mejor. “Mucho mejor, mucho mejor”. Sin verdaderas amistades. Con agradables compañías. Sin lealtades. Excentricidades de una vida que considera normal. Aceptables y normales. Como dormir con serpientes, como dejar de dormir, como dormir días enteros, como dormir solo. No todas las noches, claro está (un cuerpo ilusionado no está de más de vez en cuando) Repulsión a toda forma de vida estática. Nadie más indigno de existir. Auto convencido de su genialidad. Lo duda. Lo ignora. Es la mejor manera de no entrar en conflicto. Nunca lo entenderán, dice siempre. No pretende ser entendido, quisiera pensar. No se entiende, realidad denigrante. Su futuro nunca pasa. Su elixir de la eterna juventud. Los rastros del tiempo en su rostro son

sólo extensiones del presente y desaparecerán como a todos los que ha condenado a emigrar de su vida. Sabias decisiones. Una mente acertada. El arrepentimiento es el concepto menos ligado a su personalidad. Dice nunca haberlo experimentado. No de ésa forma. Eso es suficiente. Más que suficiente. No comprometido a dejar sobre este mundo incomprensible rastro corpóreo de sí. Un egoísmo por el egoísmo. Una completa injustificación. Una completa anomalía. Una completa disparidad. La pérdida de toda esperanza, la liviandad de todo nexo. El necesario auto-exilio. Una felicidad incomprensible. ¿Una felicidad? Una costumbre. Es más sensato. Pero propia. Una experimentación *sui generis*. Como pocos privilegiados en la historia humana. La raza de los privilegiados. De los únicos. Sólo de esa forma se puede pensar. Se repite y se repite. Una vida en la que no se vive. Se logra algo más. ¿Se supravive? No es correcto. Se está en un nivel superior. Inconcebible. Pero superior. Nada siquiera parecido. Similar, ni un ápice. Es técnicamente imposible. Su imagen es una para describirlos a todos. A todos sin excepción. No hay nada que dudar. Después de todo “Sólo Viven” ellos “Sólo viven. Nada más podría ocurrirles. Están condenados.”

COMO UN COMETA

“¡Se ha escapado!”

Lo dicen con envidia.

Soy un punto en el cielo.

Un punto que se mueve a gran velocidad.

Traspassando la atmósfera.

Esquivando satélites.

Saludando astronautas.

Y me sigue una rastro de fuego.

Un rastro multicolor.

Ellos dirán escépticos:

“Es cómo un cometa que no se desintegra, que no se hace pequeño (...) Cómo un cometa que no conoce obstáculo (...) Cómo un cometa que se desliza en el espacio como el polvo entre el viento (...) Es solamente un cometa para el que desplazarse es algo verdaderamente fácil (...) Aunque si se mira bien, es un cometa que no es realmente un cometa (...) Mejor aún, un cometa o alguien con pies y cabeza al que sigue un rastro de fuego multicolor (...) Nada importa, es sólo alguien con pies y cabeza que desea esquivar satélites, saludar astronautas, y atravesar la atmósfera.”

Me reconocerán de inmediato, y, para ellos, sólo seré alguien con pies y cabeza que sobrevive encerrado en una prisión imaginaria del tamaño del universo; para ellos sólo seré alguien que desea, ante todo, provocar envidia entre sus conocidos.

Luego se marcharán.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

ACERCÁNDOSE A UN PROBLEMA **(DE LECTURA OPCIONAL)**

Digamos que uno tiene un cuerpo y que puede disponer de él como quiera (salvo por unos parámetros impuestos que en honor a aquello que se denomina “sentido común” uno no debería transgredir) Digamos también que hay una motivación implícita, o más bien, inherente al ser humano, que dicta que gran parte de lo que consideramos experiencia no es más que el inventario acumulado de sensaciones (percepciones) que a lo largo del paso por la vida se van presentado de forma “accidental”, y que aun en la vida más anquilosada, son absolutamente inevitables e incontrolables (venimos al mundo equipados para *vivir* acciones –porque en eso consiste el mal chiste de la vida–, y lo que es peor, existe un afán exasperante por encontrarlas, convirtiéndose esta última motivación en uno de los paroxismos de la ridiculez humana. Si no soy claro me refiero aquí exclusivamente a eso que denominamos ánimo).

Digamos entonces, que el tiempo que transcurre para nosotros (o más bien el tiempo en el que nos escurrimos) es un cubo en el que múltiples fuerzas (reitero, que se escapan, siempre a nuestra voluntad) ejercen presión moldeando esa experiencia que palpita por ser vivida (los hombres conservan la esperanza de vivir desde que un maniático de la vida relacionó la sabiduría con el respirar).

Este cubo –valga la aclaración– tiene unos límites bien definidos, –si usted no es ciudadano del mundo y es lo suficientemente realista de su condición entre otros 12.000 millones– éstos pueden parecer muy distantes (una percepción bastante común entre las personas que modestamente se consideran felices), o, por el contrario, pueden parecer demasiado próximos y casi asfixiantes (cosa que no niega que para quienes la concepción del mundo se filie a esta última versión del cubo (del tiempo) exista también un catálogo, muchas veces más extenso que

el de los grandes aventureros, de experiencias –eso sí- probablemente menos interesantes según la categoría de aventura que se maneja, sin mucho cuidado, en la cotidianidad).

Esto se podría comprobar, sin mayores dificultades, si se lograra penetrar en las maquinaciones de alguien que siente que respirar es algo no deseado. Algo así como una osadía.

DOS OBSERVACIONES SIDERALES

I

La luz, según las primeras estimaciones, no necesitaba más de un millón de años para llegarnos desde Andrómeda, nuestra vecina más próxima. No obstante cuando se la llegó a conocer mejor, esta distancia aumentó en más del doble. Con ello, los límites del universo observable se alejaron unos miles de millones de años luz. Ante el descubrimiento, pudo verse a algunos hombres de ciencia llorar sobre sus escritorios, mojado con sus lágrimas cientos de documentos completamente inservibles.

II

No hay que imaginarse el Big Bang como la explosión de un trozo de materia situado en el vacío. En el Big Bang no sólo estaban concentradas la materia y la energía, sino también el espacio y el tiempo, por lo que no había ningún lugar “fuera” de la bola de fuego primigenia, ni ningún momento “antes” del Big Bang. Es el propio espacio lo que se expande a medida que el Universo envejece, alejando los objetos materiales unos de otros. En el laboratorio del creador, sin embargo, los límites se estrechan, y ya Dios, sospechando la situación, ha ordenado que los obreros celestiales se encarguen de las labores de ampliación del recinto.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

PARTE 4

Extraviados

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

UN OBSERVADOR EN EL INV(F)IERNO

- ¿Podrías olfatear algún alimento en este lugar?
- No
- ¿Por qué?
- Todas las señales me conducirían a tus pies.
- Esa no es una buena excusa.
- Pero podría intentarlo.
- Mejor no molestes.

Dos asientos. Una habitación sin puertas ni ventanas. Un cubo completamente iluminado. Figuras humanas que juegan a simular una vida. Una vida, que a pesar de las circunstancias, debe ser representada de la mejor manera.

- Siempre deseaste vivir en una casa de madera.
- Esto no es una casa de madera.
- Lo que dices no va al caso: siempre deseaste vivir en una casa de madera.
- Cierto.
- Bueno, entonces, imagínatela.
- Esto no es una casa de madera.
- ¡Lo que dices no va al caso!

Algunos movimientos. Cambios de lugar. Se cruzan miradas. Es inevitable no prestar atención a la única fuente que proporciona movimiento. Se ha llegado a la periodicidad en las acciones. Creen ser vistos; pretenden igualarse a un reloj. La idiotez es intrínseca a los de su raza. Es una manía.

- ¿Crees que es aire lo que respiramos?
- Debe serlo... de que otra forma podríamos...
- ¿Mantenernos vivos?
- Sí. Eso mismo.
- ¿Qué te garantiza que lo haces?.
- No sé, si estoy hablando... es apenas necesaria la condición.
- Y ¿quién te garantiza que me hablas?
- Me estás respondiendo ¿no?
- Cierto. Después de todo no eres tan incapaz.
- ¿Entonces?
- ¿Entonces qué?
- ¿Vivimos o no?
- No sé. Sóplate las manos.

Vuelven a las sillas y parecen curiosos. Nunca se agotan. En esas condiciones no podrían hacerlo. Se les ha despojado de algunas cosas. Si pensaron que era peor, seguramente han de estar tranquilos. Sin embargo, se mantienen asombrados. Hay que ver cómo fantasean. Son todos iguales. Ninguno de ellos cambia.

- Alguien podría estar mirándonos.
- No se divertiría mucho.
- ¡Insolente!
- No es mentira, después de todo.
- Idiota, por el contrario debe estar resultándole lo más de entretenido.
- A no ser que ya esté cansado de vernos.
- ¿Quién?
- ¡No seas Insolente!
- ¿Por qué?
- Se lo estás haciendo más divertido.
- ...Perdón.

Sin duda su mejor habilidad. Pasar así en sus sueños, en lo que llamaron realidad, en todo lo que sintieron, en todo lo que quisieron; frente a los que amaron, frente a los que odiaron. Un ejercicio constante. Incontestables en la práctica. Arrastrarse en todo momento y en todo lugar. La vergüenza que hay que soportar viéndolos. Los arrepentimientos... los arrepentimientos. Por lo menos se les puede someter a

esto, sino qué dignos serían de algo...

— ¿Este debe ser un trato preferencial?

— ¿O puede ser el peor castigo?

— Acaso piensas que fuiste digno de merecerlo.

— No. Sólo que siempre me fue difícil reconocermé en un lugar aventajado.

— Entonces, probablemente todo fue una mentira.

— ¿Qué todo?

— Ya sabes... lo que precisaban que aparentáramos.

— No lo creo. Esto podría ser lo mejor.

— No. Quiero creer en la perspicacia que te ha enseñado la costumbre.

— Esperemos que la costumbre no se equivoque.

— ¿Que más podría pasar?

— Las paredes podrían ceder. ¿No?.

No reciben recompensa tal como se la imaginaron, pero es lo justo. Irreductibles, como lo son, obligan a que se tomen estas decisiones. Un fin inteligente mueve este mecanismo; un fin práctico los creó. Alguien debía alzarse sobre sus cabezas. A alguien debían temer, pudo haber sido otro, con otros fines prácticos y unas ligeras variaciones, pero en esencia lo mismo. Estar atentos del desenlace y trasladarlos. Estar atentos aunque el espectáculo produzca náuseas. Seleccionarlos, disponer los mecanismos y trasladarlos. Es una pena que allá no se las arreglen por ellos mismos.

— Siempre deseaste vivir en una casa de madera.

— Realmente sólo quería tener frío y soportarlo al lado de una chimenea en una casa de madera.

— ¿Ahora quisieras hacerlo?.

— Un poco. No deberían a uno desprenderlo, hasta no haber hecho lo necesario.

— ¿Alguien habrá alcanzado lo necesario, antes de ser?... ¿desprendido?.

— Algunos sólo estuvieron allí para recibir su primera bocanada de aire. Luego migraron.

— Si. Ellos lo lograron. No puede ser que se les depare esto.

— ¿Tú qué quisiste?

— Haber alcanzado lo necesario.

- ¿Tener frío en una casa de madera?
- Tal vez.
- Hablando de frío...¿crees que ya ha llegado el invierno?
- Espero que no. Sería una pena.

Pobres idiotas. Del otro lado el invierno aún no ha llegado.

HUBO UN TIEMPO [GRACELAND GAME]

He encontrado el camino. He acertado, por fin, las distancias. Un traje de brillantes para mi prometedor viaje. Un traje de colores diversos. Mi maleta llena de cientos de regalos. Juguetes diminutos. Hombrecillos multicolores. Cosas pequeñas y llamativas para hacer felices a los niños. A los niños que me esperan. Y a los que no también.

Frente a mí un puente. *-¿Cómo he podido ignorar que esta allí, que ha estado ahí desde siempre, que es este puente el camino de toda salvación, el camino de toda felicidad, y el camino que me conducirá, finalmente, hacia los niños que me esperan?*- Un puente que también espera por mí. Un puente que desea ser transitado. Un puente blando. Un puente de plumas que nace, sin embargo, en la tierra. Un puente hecho para mí.

Cohetes estallan en el cielo dibujando rastros de humo sobre el día claro. Y yo en marcha. Al compás de antiguas y olvidadas rondas infantiles. Sobre mí, bichos pintados con anilina; insectos crocantes que se dejan ingerir y cuyo interior es una deliciosa jalea.

Visiones fatuas explotando en mi cabeza. A cada tronar en el cielo. Se perciben vívidas esas imágenes. En las cenas de toda mi vida. En miles de fiestas animadas. En los brindis por los grandes tiempos y por los tiempos mejores que se anuncian a mi paso por este puente, mientras el brillo de la felicidad me envuelve y mientras mi vestido estelar luce a la perfección.

¿Cómo podría mirar hacia abajo ahora que las preguntas han sido resueltas, ahora que todos los niños esperan por mí, y por mis entretenidos y vistosos obsequios, ahora que he encontrado, por fin, el camino? ¿Cómo podría desear un salto sobre el puente? ¿Sería la impaciencia

suficiente motivo para darme al planeo? ¿Es tan grande mi deseo de llegar al otro lado del puente?

Seguro podría yo volar.

LLEGANDO A CASA

No ha llegado aún, y con la vista sobre el piso, puede ya darse cuenta que miles de flechas señalan un lugar -flechas fosforescentes e intermitentes-, y empezando a sentirse poseído por una buena premonición, él nota que éstas se dirigen perfectamente hacia su hogar -de eso no hay la menor duda-, porque bajo las flechas aparecen también minúsculos avisos igualmente encantadores, que en cuenta regresiva, cuantifican la cantidad de metros que le separan de su casa, le indican con exactitud la cantidad de pasos que estaría en la obligación de dar, y le recuerdan cientos de frases saludables que harían sospechar a cualquiera -en especial a quien posee un carácter melancólico- un exceso de cordialidad en la inusual invitación. Sin embargo la armonía de las flechas y su destellar simétrico pronto le hacen olvidar tal intuición, y, para estar a tono con el espectáculo, piensa en que las flechas se parecen un poco a las diminutas luces de navidad -contando, como no, conque estas flechas en particular son sólo verdes, es decir, una gama cromática más restringida que la del ornamento navideño que se compone además de luces rojas, amarillas y azules- y se desilusiona, complacido, pensando en que es enero, y en que es realmente una lástima que no sea diciembre -ahora tan lejos- para que las flechas no sólo despuntaran su enfermizo o esperanzador color, si no que acompañaran su holográfica fosforescencia con sonidos minúsculos como esos que se perciben en la calle, frente a las casas normales, momentos antes que Santa, o quienquiera que sea el que hace feliz a los niños y a todas las familias, se atore en las chimeneas inexistentes de la ciudad.

Pero dichas frases saludables no tienen comparación, en su efecto, con los saludos de los extraños que ya desde las ventanas -y desde las puertas y desde los balcones- son lo suficientemente audibles. Saludos

que animan al transeúnte. Saludos que animan su marcha. Saludos compuestos de frases amigables.

Él no puede contestar a todas las atenciones porque lo que ha empezado como un desprevenido aliciente se convierte pronto en un tropel de buenos vecinos, que festejan con música, bailes y licor, y que, siendo cuidadosos con no interrumpir el paso de éste, su nuevo amigo, dan por seguro -ya gritando-, que la felicidad que él experimentará al cruzar la puerta será mas grande aún que la felicidad de ellos mismos ante la buena nueva de su particular regreso a casa –el regreso a casa de un hombre minutos antes completamente desconocido-.

Y esta es la motivación que lo guía. La feliz inercia que lo hace seguir a él, y sólo a él, las flechas que no se detendrán si no hasta que cruce, victorioso, la puerta que abrirá su pequeñísima y cómoda propiedad, que ya a lo lejos él puede observar, intacta, con las luces apagadas.

CARLOS DUARTE H.

(Cali, 1983) Estudiante de Comunicación Social de la Universidad del Valle. El libro presentado para la Colección Jóvenes Narradores es su primera publicación.



Programa ditorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227
321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>
programa.editorial@correounivalle.edu.co

i S i g u e n o s !



programaeditorialunivalle